

AZAR, AMOR Y AUTOPISTA

Javier Luque

Anselmo Lucientes voló con su coche al esquivar a otro que venía de frente, planeó quinientos metros y aterrizó al pie de un olmo. Ese día, sin ganas y sin conciencia, inauguró una moda nefasta.

Anselmo carecía de dotes adivinatorias. Hubiera sido periodista, pero ya existían diarios suficientes, los dos canales televisivos (Normal y UHF) tenían sus plantillas cubiertas y sobraban emisoras de radio. ¿Para qué estudiar periodismo? Preguntó su profesor de historia, reciente diplomado en Psicología para ejercer de consejero escolar. Haz Clásicas, el latín siempre será imprescindible. Concluyó ante el silencio de Anselmo, que ya no necesitó consejos para equivocarse.

Manuela Estrella jamás pensó en su futuro. Al nacer, la comadrona cayó rendida ante sus rasgos perfectos. Desde entonces, estuvo claro: sería modelo, actriz o ambas cosas. No por su belleza, sino porque su madre no cejó hasta conseguirlo.

Establecida Manuela en el éxito, eso mismo y un matrimonio equivocado la condujeron a la disipación y a la zozobra; y, como secuela, al Prozac y al sillón del analista.

Cuando Anselmo tropezó con Manuela en la puerta de la consulta del psiquiatra, no la reconoció. Aquella mujer demacrada y de mirar lánguido nada tenía que ver con la modelo de las portadas ni con la actriz de las carteleras. Pero, para él, su atractivo era insuperable.

Huyeron de la terapia en beneficio de una cafetería. Tres horas y varias tazas de café más tarde, Anselmo conocía los riesgos que acechan tras las bambalinas, entre cajas, en los platós y como consecuencia de las bodas desacertadas; y Manuela admiraba la tenacidad de su acompañante que le hacía permanecer fiel a sus semivacías y deprimentes clases de latín.

A Ramiro de los Monteros lo consideraban afortunado. Era hijo único, él fue quien descubrió el cadáver de su padre y también el desdichado que averiguó que la causa que había llevado a su progenitor a optar por el suicidio fue la errónea confianza de este en que jugarse a un full de ases y reyes los restos de la que fue su abundante fortuna devolvería esta a su anterior estado. Un póquer de seises de otro de los afamados jugadores de aquella mesa demostró la magnitud del error.

A los ocho meses de aquello, Ramiro perdió a su madre en un parto infructuoso y tardío en exceso, último regalo póstumo del padre calavera. La niña murió horas después. Nunca me podrá ir peor, murmuró mientras un enterrador arrojaba con rutina una paletada de tierra a la tumba de ambas.

Tenía diecisiete años y, de vuelta a casa tras el entierro, un cartel le atrajo desde un escaparate; compró el libro: «Las diez mejores maneras de hacerse rico sin esfuerzo». Y aunque siempre le pareció que a juzgar por las ventas del libro la número diez era la más acertada —escribir un libro en el que se narren las diez mejores maneras de hacerse rico sin esfuerzo—,

se decidió por otra y al año y medio de ejercer como fotógrafo aprendiz, Ramiro compró su propia cámara réflex. Poco después, deseado por las revistas, abrió estudio.

Tras un divorcio y dos hijas —en ese momento de vacaciones en Irlanda—, Ramiro de los Monteros salió, junto a una mujer espectacular, del restaurante donde habían cenado y discutido porque él no estaba dispuesto a compartir casa y vida con su amante.

Anselmo Lucientes estaba feliz. Hacía unas horas había acompañado a Manuela Estrella a su casa y ella, junto a la cancela del jardín, le había pedido que entrase.

Eufórico, de madrugada, Anselmo dejó la urbanización situada a las afueras de la ciudad donde vivía su ya entregada amante, rodeó una rotonda, pasó el desvío correcto y se incorporó a la autopista por el siguiente. Había poco tráfico, pero no tardó en alarmarse por las luces que se aproximaban de frente.

Ramiro de los Monteros conducía de prisa. La discusión con su amante había concluido en agria disputa. De mal humor y sin haber gozado del sexo esperado, se dirigía a su casa, próxima a la urbanización donde mantenían su domicilio sus hijas y Manuela Estrella, su exmujer.

Ramiro adelantaba a un camión cuando se le echaron encima unos focos. Sin que llegará a entender qué pasaba, observó cómo Anselmo Lucientes, el conductor del otro vehículo, al intentar esquivarle, saltó la mediana, atravesó los tres carriles del otro lado y voló más allá del arcén. Ramiro, del susto, hizo un extraño, golpeó contra el camión, giró cuan peonza y se detuvo en el arcén sin más daños que una puerta destrozada y el parachoques colgando. Luego, sufrió un inexplicable desmayo.

En un paso elevado sobre la autopista, dos jóvenes observaron la escena apoyados en el pretil.

—Joder, tío, qué pasada. ¿Has visto a ese cabrón en dirección contraria? La puta, dos minutos más y llega a la salida. A que no tienes huevos de hacer tú lo mismo.

—Qué no, ¿qué te apuestas?